

EL PORVEJIR DEL OBRERO

Sordera incurable

Desde que hizo su revolución y se apoderó del poder público, la burguesía se ha vuelto sorda, terriblemente sorda.

Ya no se acuerda del pueblo, sin cuyo concurso no hubiera triunfado, y en cuyo nombre al parecer se combatía. «La voz del pueblo» que fué proclamada como voz divina; «la salvación del pueblo» que era la suprema ley; «los intereses del pueblo» que se oponían á las demasías de los príncipes y á los abusos de las aristocracias; todo ello son cosas que la burguesía tiene completamente olvidadas desde que se proclamó reina soberana del mundo gracias á las revoluciones de los últimos siglos.

Cuando se le quiere recordar su origen y sus promesas, cuando se le quiere advertir que el pueblo sufre bajo el poder del capitalismo, así como antes bajo el poder de los nobles y de los clérigos, la burguesía no oye. Alguna vez tan sólo, gracias al estruendo de huelgas formidables ó bajo la impresión de algún atrevido atentado, parece que la clase dominadora se da cuenta por un instante del peligro, se estremece, promete ó amenaza, y vuelve otra vez á olvidarse de todo, vuelve á cerrar sus oídos al clamoreo de los que sufren, de los que tienen hambre, de los que no quieren contentarse con los derechos políticos que han permitido á la burguesía elevarse hasta dominar el mundo, sino que quieren otro derecho, el único derecho positivo y práctico para los pueblos, el derecho al pan, el derecho á la vida.

A esos derechos no renunciará nunca el pueblo, porque no es posible renunciar á lo indispensable. Por el contrario, cada día reclamará con más conciencia, esto es, con más fuerza y más energía. Al fin, no habrá más remedio que oírle.

La burguesía se burla de las palabras; pero no se burla de los hechos. Al pobre que suplica y gime le desprecia y le deja morir de hambre; al que pide trabajo le hecha encima la guardia civil; pero ante el que sabe obrar la burguesía tiembla. La burguesía sabe que mientras el «estado llano» suplicaba á los reyes y á los nobles sólo recibía desprecios y vejaciones; pero en cuanto rodó la cabeza de Luis XVI todos los príncipes se apresuraron á transigir con la revolución y se abrazaron á los regicidas burgueses. La burguesía conoce el poder de la violencia contra la injusticia y presiente que sus privilegios no han de ser duraderos. Espera de un momento á otro ver llegar al pueblo airado, vengativo, inexorable. Por esto desprecia á los que suplican y teme á los que saben obrar.

La sordera de los burgueses no se curará con súplicas. ¿Para qué suplicar? ¿No saben

ellos perfectamente qué el pueblo sufre? ¿No saben que los privilegios del capital son injustos? ¿No saben que el hambre y la miseria tienen por causa la organización social que ellos sostienen? Pues, para qué repetirselo? Las palabras dirigidas á los burgueses son palabras perdidas. Los sordos no oyen las voces, hay que hablarles con las manos. La burguesía no atiende á razones, ni le mueven á piedad las súplicas, hay que hablarle con hechos, hay que conmoverla por el miedo.

Cuando vean que su reinado llega al término, cuando vean que se acerca el día de las justicias, ya querían ser buenos y generosos esos mismos hombres que ahora son orgullosamente sordos para las necesidades del pueblo. Entonces se apresurarán á renunciar á sus privilegios injustos y solicitarán como un favor el ser admitidos en la sociedad de los hombres libres é iguales. ¡Pobres burgueses! Sólo el estruendo revolucionario, podrá curar vuestra sordera.

VINDICE

El gobierno de la ciencia

Supongamos que una docta academia, compuesta de los más ilustres representantes de la ciencia, se encarga de la legislación y de la organización de la sociedad; supongamos también que esa academia, inspirándose en un amor puro por la verdad, no dicta otras leyes que aquellas que se hallen en absoluta armonía con los últimos descubrimientos de la ciencia: pues bien, por mi parte sostengo que semejante legislación, que una organización tal, sería una monstruosidad; y esto por dos razones: primera, porque la ciencia humana es siempre y necesariamente imperfecta, y si comparamos lo ya descubierto con lo mucho que queda por descubrir, podemos afirmar que mañana como hoy y hoy como ayer se halla todavía en su infancia. De suerte que si intentáramos constreñir, estricta y exclusivamente la vida práctica de los hombres, ya sea individual ya colectivamente considerada, á los últimos principios de la ciencia, condenaríamos á la sociedad y á los individuos á sufrir el más terrible martirio en el lecho de Procusto, que concluiría pronto por separarlos y anularlos, permaneciendo, no obstante, la vida, una cosa infinitamente más grande que la ciencia.

He aquí ahora la segunda razón: cualquier sociedad que obedeciera la legislación emanada de una academia científica, no porque entendiera el carácter racional de esta legislación (en cuyo caso la existencia de la academia sería perfectamente inútil), sino porque, emanando de la academia le fuera impuesta en nombre de una ciencia que venerase sin comprenderla, tal sociedad no sería una sociedad de hombres, sería una sociedad de brutos. Esto sería la segunda edición de las misiones del Paraguay, tanto tiempo sometido al yugo y al gobierno de los jesuitas. Tal sociedad descendería segura y rápidamente al más degradante estado de idiotismo.

Pero hay todavía una tercera razón que haría imp sible semejante gobierno. Una academia científica, investida de la soberanía, por decirlo así, absoluta, aunque estuviera compuesta por los hombres más ilustres, terminaría pronto é infaliblemente por su propia corrupción moral é intelectual. Tal es aun hoy, con los privilegios de que gozan, la historia de todas las academias. El genio científico más grande, desde el momento mismo que ingresa en una academia, desde que llega á ser *sabio* oficial, con patente, cae de un modo inevitable en la pereza y en la ociosidad; pierde su espontaneidad, su ardor revolucionario y esa energía persistente y casi salvaje que caracteriza á los genios más brillantes, energía siempre llamada á destruir mundos viejos y á echar los cimientos de otros nuevos. Indudablemente gana en cortesanía, en sabiduría práctica y utilitaria lo que pierde en energía y vitalidad su pensamiento; en una palabra, se apodera de él la corrupción...

Una corporación científica, á la cual le fuera conferido el gobierno de la sociedad, concluiría pronto por consagrarse, no ya á la ciencia, sino por completo á otra cosa; á lo que hacen todos los poderes establecidos; á trabajar por perpetuarse, por su propia conservación, embruteciendo cada vez más á la sociedad confiada á su cuidado, y, por consiguiente, haciéndole sentir más vivamente la necesidad de su gobierno y de su dirección.

Y lo que es verdad respecto á las academias científicas, lo es también respecto á las asambleas constituyentes y legislativas, incluso las elegidas por sufragio universal.

En el último caso se renuevan los componentes, es verdad, pero esto no estorba á la formación, en corto espacio de tiempo, de un cuerpo político privilegiado de hecho, aunque no de derecho, que, consagrándose exclusivamente á la dirección de la cosa pública, constituye al fin una especie de aristocracia ú oligarquía política. Testigos irrefutables: Suiza y los Estados Unidos de América.

Por consecuencia, nada de legislación, nada de autoridad externa, porque siendo inseparable la una de la otra, tienden ambas á la servidumbre de la sociedad y á la degradación de los legisladores mismos.

¿Se deduce de lo que dejo dicho que yo rechazo toda autoridad? Lejos de mí semejante pensamiento.

En materia de zapatos, onsulto la autoridad del zapatero; en todo lo concerniente á edificios, canales ó vías férreas, solicito la del arquitecto ó la del ingeniero. Para cada ciencia especial me dirijo á tal ó cual sabio. Pero no consiento que ni el zapatero, ni el arquitecto, ni el sabio me impongan su autoridad. Los acepto, si, libremente y con todo el respeto á que son acreedores por su inteligencia, por su carácter, por sus conocimientos; pero reservándome siempre el incontestable derecho de crítica y censura. Yo no consulto en cualquier materia una sola autoridad, sino varias; comparo sus opiniones y finalmente, escojo la que me parece más justa. Por esto mismo no reconozco, aun en cuestiones especiales, autoridad alguna infalible; cualquier respeto que pueda tener á la sinceridad y honradez de tal ó cual individuo no me induce á creer

una fe absoluta en persona alguna. Semejante fe sería fatal á mi razón, á mi libertad y aun al desenvolvimiento de mis ideas; me convertiría inmediatamente en un esclavo estúpido, en un instrumento de la voluntad y de los intereses de otro.

Si me inclino ante la autoridad agena en un asunto dado, y acato en cierta manera y en tanto cuanto me parece necesario, sus indicaciones y aún su dirección, es porque tal autoridad no me es impuesta por nadie, ni por Dios ni por los hombres. De otro modo yo la repelaría con horror, dando al diablo sus consejos, su dirección y sus servicios, seguro de que tendría que pagar con las pérdidas de mi libertad y de mi propio respeto tantos restos de verdad, envueltos en una multitud de falsedades, como pudieran darme.

Acato la autoridad externa en materias determinadas, porque no me viene impuesta más que por mi propia razón y porque tengo conciencia de mi incapacidad para poseer en todos sus detalles, en todo su desenvolvimiento positivo, una gran parte de los conocimientos humanos. La más grande inteligencia individual no puede igualarse á la inteligencia de todos, á la razón colectiva. De esto resulta para la ciencia, tanto como para la industria, la necesidad de la división y la asociación del trabajo.

Dar y recibir, tal es la vida humana. Cada uno dirige y es dirigido á su vez. Por esto no hay autoridad fija y constante, sino un cambio continuo de autoridad y subordinación mutua, temporal, y, sobre todo, voluntaria.

Esta misma razón me prohíbe, pues, reconocer una autoridad fija, constante, y universal, porque no hay hombre alguno, capaz de abarcar en toda la riqueza de detalle, sin los que la aplicación de la ciencia á la vida es imposible, todas las ramas de la vida social. Si tal universalidad pudiera hallarse en uno solo, y éste, prevaliéndose de ello, quisiera imponer su autoridad al resto de los hombres, sería necesario arrojar del mundo social á semejante ser, porque su autoridad reduciría inevitablemente á sus semejantes á la esclavitud y á la imbecilidad. Yo no creo que la sociedad deba maltratar á los hombres de talento, como precisamente sucede en nuestra época; pero tampoco creo que deba llevar tan lejos su complacencia con ellos y, menos aún, que les conceda privilegios ó derechos exclusivos, cualesquiera que sean; y esto por tres razones: primera, porque frecuentemente podría tomarse un charlatán por un hombre de genio; segunda, porque con tal sistema de privilegios, podría convertirse en charlatán un verdadero sabio, y tercera, porque esto valdría tanto como darse la sociedad á sí misma un amo.

En resumen. Nosotros reconocemos la autoridad absoluta de la ciencia, porque la ciencia no tiene otro objeto que la reproducción mental, reflexiva y tan ordenada como sea posible, de las leyes naturales inherentes á la vida material, moral é intelectual, de los mundos físico y social, que realmente no constituyen más que un mismo mundo, dentro de la naturaleza. Fuera de esta autoridad, la única legítima, porque es racional y conforme á la libertad humana, nosotros declaramos á todas las demás falsas, arbitrarias y perniciosas.

Al decir ciencia absoluta, quiero significar la ciencia verdadera y universal que reproduce idealmente, en su más completa extensión y en todos sus infinitos detalles, el universo, el sistema ó coordinación de todas las leyes naturales manifestadas por el incesante desenvolvimiento de los mundos. Es evidente que una ciencia tal, el objeto sublime de todos los esfuerzos del humano espíritu, nunca llegará á realizarse en su plenitud absoluta. Nuestro Cristo, pues, permanecerá eternamente incompleto y necesita abatir considerablemente el orgullo de sus representantes autorizados entre nos-

otros. Contra ese Dios hijo, en cuyo nombre pretenden sus representantes imponernos su autoridad insolente y pedantesca, nosotros apelamos al Dios padre, que es el mundo real, la vida real, pues él no es más que la expresión bastante imperfecta de lo que nosotros somos, sus representantes inmediatos; nosotros, seres reales que vivimos, trabajamos, luchamos, amamos, aspiramos, gozamos y sufrimos.

Mas si bien rechazamos la autoridad absoluta é infalible de los hombres de ciencia, nos inclinamos voluntariamente ante la autoridad respetable, aunque relativa, temporal y limitada, de los representantes de las ciencias especiales, pues nada mejor que consultarlos alternativamente agradeciendo mucho los preciosos informes que nos hubieren facilitado á condición de que ellos los reciban nuestros voluntariamente en todas las ocasiones y en todas las materias en las que seamos nosotros más sabios que ellos. En general, no hay nada mejor que ver á los hombres dotados de grandes conocimientos, gran experiencia, gran inteligencia y sobre todo de gran corazón, ejerciendo sobre nosotros una influencia legítima y natural, libremente aceptada y nunca impuesta en nombre de una autoridad cualquiera, ya sea divina ó humana. Nosotros aceptamos todas las autoridades naturales y todas las influencias de hecho, pero ninguna de derecho; toda autoridad ó influencia de derecho, oficialmente impuesta como tal, se convierte de un modo directo en opresión, en una falsedad, llevándonos inevitablemente á la esclavitud y al absurdo.

MIGUEL BAKOUNINE

Educación religiosa

—Lo dicho, madre no voy.

—Pero hija mía, ¿quieres que tu alma sea condenada? ¿quieres hacer desgraciada á tu familia?

Rebelarte contra Dios, no ir á la Iglesia, tú María, una criatura de catorce años, desobedecer á tu madre que tantos trabajos pasa por tí para educarte, para prepararte á ser una buena madre, una fiel esposa...

—Sí, fiel esposa seré estando todos los días en compañía de hombres de polleras, y buena madre llevando á mis hijas á pervertirlas en las Iglesias en vez de enseñarlas á leer, cocinar y coser.

—María ¿qué dices? ó tú no eres mi hija ó en tu cuerpo está Satanás.

—Sí, Satanás; así me dijo el padre ayer: hija mía, tú debes rezar con devoción para que en tu cuerpecito no entre Satanás; hoy estás algo rosadita, y, quién sabe una mala idea se apodera de tí; y para salvarte debes pensar en mí, así desechará el demonio y no entrará en este cuerpo tan lindo; mientras me hablaba me manoseaba y me dijo: ¿Ves aquella puertecita? allí debes ir desde mañana á rezar solita y yo iré á darte buenos consejos, para alcanzar la gloria; y porque yo le dije que me daba miedo ir en ese cuartito y que no iría, me contestó que en mi cuerpo estaba el demonio, y que me apartara de mis amigas y que fuera siempre sola á la Iglesia. Y ahora dime, mamá; ¿qué necesidad hay de que él me de caramelos, quiera que vaya sola y que entre en ese cuartito para rezar y aconsejarme? ¿no es lo mismo que me aconseje en otro lado?

—¿Pero es eso cierto María?

—Tan cierto como te quiero. Tú sabes que nunca mentí.

—Mira no irás á la Iglesia; sólo te pido que no se lo cuentes á tu padre; ¿lo harás?

—Te lo prometo.

—Júralo por Dios, que no te abandonará.

—Pero mamá, ¿no has visto que por creer en él casi caigo en las garras de ese vampiro.

—Si... pero Dios no tiene la culpa que haya seres malos.

—Y él no podía impedir que ese canalla me envolviese para aprovecharse de mi inocencia?

—Ya ves que todo lo puede y todo lo ve, cuando ha hecho que me lo cuentes, y no caíste...

—¿Y qué necesidad tenía Dios en dejar que el cura me besara (como lo hizo) y me manoseara, si después no iba á permitir que se aprovechara?

—Eso, hija mía, él lo sabe y no debes profundizar así; debes tener fé en él para no ser condenada.

—¿Y qué culpa tengo yo de profundizar cuando es él el que me dió la inteligencia?

—Él te dió la razón, pero no para pensar mal.

—Pues entonces si él no puede impedir que piense mal, es señal que no difije como tú me has dicho; y si él puede y no lo hace es que consiente en los malos actos.

—Él hace como tú hiciste ayer; me distes la manzana diciéndome que no la comiera; pues si tú estabas convencida de que me haría daño; no habérmela dado.

—Yo sabía que te haría daño, pero no que desobedecerías.

—Pues lo mismo le pasó á Dios; dió la razón al hombre, ignorando que razonaría en contra de su obra imperfecta; desde el momento ignoraba las consecuencias: entonces, ¿á qué adorarlo y creer en él si nos dió el mal en vez del bien?

P. C.

¿Exageradas?

No son, no, exageradas las peticiones de los obreros.

Pese á todos los que opinan lo contrario, la clase proletaria pide menos, mucho menos, de lo que necesita; reclama sólo una ínfima parte de lo que le corresponde.

A los burgueses que se asombran, que «ponen el grito en el cielo» cuando una Sociedad obrera hace una reclamación, quisiera verlos yo como veo á todos mis compañeros, cargados de hijos, faltos la mayor parte de las veces de salud, por haberla perdido en antihigiénicos talleres, donde en jornadas larguissimas crean la riqueza que va á llenar las arcas de los potentados; quisiera verlos produciéndolo todo y careciendo de lo más indispensable; quisiera verlos en esos días de paro forzoso, resultado del exceso de producción, en que no sabe uno dónde ir á buscar lo que su estómago le pide; quisiera verlos en las condiciones nuestras cuando alguna enfermedad nos visita y nos hallamos imposibilitados de adquirir la más barata de las medicinas por falta de los miserables céntimos que por ella hay que abonar; quisiera verlos, en esos días en que el casero nos amenaza con el desahucio, por falta de pago, y el tendero nos niega los comestibles, y el frío hiela nuestra sangre, y nuestros pequeños piden pan...

Quisiera verlos, sí, en esas condiciones para preguntarles si eran ó no exageradas nuestras peticiones.

A buen seguro que entonces cambiaban de parecer.

Ellos, que son los primeros en quejarse de la carestía á pesar de haberla impuesto; ellos, que son los que tienen en sus labios siempre el «así no se puede vivir»; ellos, que debieran necesitar menos para mantener su organismo, ya que no desgastan las energías como nosotros; ellos, que por regla general tienen menos familia que los obreros, unas veces por cálculo y otras por castigo de la Naturaleza; ellos que están rodeados de todas las comodidades apetecibles; ellos, que nada hacen más que pasear y divertirse, son los que se asombran de nuestras pequeñas reclamaciones son los que nos motejan de exigentes, son los que nos llenan de improperios, nos insultan, cuando afirmamos que á nada tiene derecho el que no trabaja...

Para nosotros que todo lo hacemos, nada, ó casi nada; para ellos, que nada hacen, todo ó casi todo.

Suya es nuestra inteligencia; suya es nuestra producción; suya es nuestra vida; nosotros les pertenecemos por entero; somos sus esclavos.

Si nos rebelamos contra su poder, se nos amenaza con la miseria, se nos encierra, se nos fusila.

Tan pronto se nos ve mover, acude en auxilio de los poderosos el cura, el gobernante y el juez.

Nuestra vida ha de ser un continuo martirio. Hemos de ver, para no ser exigentes, para no ser exagerados, como se prostituye a nuestras madres, compañeras é hijas, por un mendrugo de pan, por una miserable colocación en tal ó cual taller, en tal ó cual oficina, y no debemos demostrar desagrado: hemos de ver como se despilfarra el oro, cómo se tira á manos llenas por los que nada producen, y nuestro deber es callar; hemos de ver como se mueren de hambre nuestros hijos, como nos sucede á nosotros lo propio, y hemos de mostrarnos impasibles...

¿Por qué? Porque lo quieren así los que nos tildan de exigentes.

¿Cuánto diera yo por verles en nuestras condiciones, para que dijese quiénes eran los verdaderos exigentes, si los que reclaman un poco de lo que les pertenece, ó los que poseyéndolo todo sin pertenecerles se diegan á ceder una parte, á menos de que les sea arrancada dor la fuerza!

W. CRIPPLE

De política

Pocas veces hablamos de ese arte de engañar al pueblo. No nos interesan las cuestiones entre políticos, sus ambiciones, sus rivalidades, ni sus intrigas. La guerra que entre ellos se hagan no nos importa; pero los daños que causan al pueblo, lo que le roban, lo que le estorban en su emancipación, esto no debemos descuidarlo. Por lo tanto, aunque hablemos de política pocas veces, no dejamos por esto de seguir la marcha de los acontecimientos que pueden influir en la suerte del pueblo trabajador.

Hablemos, pues, un instante de política, con motivo del reciente cambio de gobierno, en que dejaron el poder los hombres del partido llamado liberal, después de haber fingido que iban á estorbar el amenazador crecimiento de las órdenes religiosas. Cayeron, los falsos liberales, los liberales fingidos; esto lo sabe todo el mundo; lo que no saben todos es quien ha subido. ¿Ocupa el poder actualmente con Maura el antiguo partido conservador ó el nuevo partido católico?

La creación del partido católico gubernamental es un acontecimiento político de los últimos años. Antes eran ó se tenían por católicos todos los partidos, y los más brutos, los curas de trabuco y puñal en forma de crucifijo, militaban en el partido carlista.

Al perder don Carlos las esperanzas de poder promover otra guerra civil, le abandonaron los ambiciosos que se decían sus partidarios que se sometieron á la dinastía reinante, pero sin renunciar á su odio contra el liberalismo y contra la democracia. Estos son los que han levantado al soberbio Maura, el antiguo liberal, imponiéndole al partido conservador que había quedado sin jefe desde la muerte de Cánovas.

Si los viejos conservadores logran sostener su criterio y sus procedimientos, no habrá modificación sensible en la política española. Continuará el sistema funesto que

llevó la nación á las desastrosas guerras coloniales, que hizo odioso el nombre de España y que causó la muerte violenta de más de doscientos mil hijos de trabajadores.

Esta no es una risueña esperanza; pero si prevalecen las tendencias del partido católico todavía será peor; porque el partido católico no es otra cosa que el partido carlista, los curas trabucaires y las hordas de Savalls, que se han disfrazado con algunas apariencias de civilización moderna, pero que continúan con la misma mentalidad y las mismas aspiraciones de dominio y opresión del pueblo.

A imitación de los católicos franceses, también los viejos saqueadores de la guerra civil han adoptado el grito de ¡viva la libertad! pero «la libertad verdadera», esto es, la libertad de condenar las almas, quemar los cuerpos y confiscar los bienes. Porque para esos católicos la libertad es esto; es la Inquisición y el absolutismo teocrático. Cuando les ponen trabas á esto, gritan que les persiguen, que les atropellan y que se ponen obstáculos á la acción de la providencia, providencia que mata de hambre á los pueblos y llena de sabrosos manjares la despensa de los señores sacerdotes.

Será peor, hemos dicho, y tal vez no nos hemos espresado bien; lo que podemos decir es que será más rápido. Los pueblos modernos que sufren el burdo engaño de la política parlamentaria, no quieren sufrir el brutal dominio de la teocracia. Será, pues, mucho peor, probablemente para el actual régimen.

JUAN CUALQUIERA

El enemigo

CUENTO

Juan había llegado de la guerra. Fué un valiente defensor de la patria y en más de una ocasión las traidoras balas le silbaron cerca. Volvió triste, anémico, él que partió voluntariamente alegre y sano.

Iba á pelear contra el enemigo y en más de una ocasión pensó ser un héroe de leyenda. Se había despedido gritando con orgullo:

—¡Voy á combatir al enemigo!

Cuando volvió á la pequeña ciudad, todos se reunieron en torno de él para admirar al temerario é insigne patriota.

Cuando salió para la guerra trabajaba las tierras de un señor rico, que arengaba á los jóvenes con elocuentes discursos en pro de la patria. Salvar la patria era imprescindible, pues la libertad de los ciudadanos peligraba con la invasión del enemigo. Juan así lo comprendió, y salió voluntariamente á combatir.

Los lugareños, al ver marchar á Juan hacia la guerra, le dirigían frases de aliento. El amo de Juan también acudió á la despedida, presidiendo el cortejo lleno de entusiasmo.

La novia del voluntario estaba triste y llorosa. Don Próspero la dirigía palabras emocionantes, le representaba á Juan de vuelta de la guerra con cruces y galones.

—La novia que quiere á su amado, le debe preferir muerto antes que esclavo del enemigo.

Desde el alto cerro que rodea el pueblo, Juan, con su pañuelo blanco en la mano, agitaba el brazo en señal de despedida. Las pobres gentes le despidieron á gritos. Don Próspero gritó:

—¡Valor contra el enemigo!

Y Juan desapareció.

**

Terminada ya la guerra, y conseguida la victoria, Juan volvió al pueblo triste y tuberculoso.

Cuando se propagó la noticia de su llegada muchos acudieron para ver á Juan que los recibía con la sonrisa triste de los desengañados.

—¡Valiente soldado!—dijo el cura.

—¡Héroe victorioso!—añadió el alcalde.

—¡Glorioso caudillo!—vociferó don Próspero.

—¡Viva el patriota!—aullaron los vecinos, á una seña de don Próspero que los había preparado con anticipación.

Todos los lugareños le ensalzaban rudamente, le alababan la *faena*, le deificaban porque mató muchos hombres al enemigo.

Alhagado en su amor propio. Juan vió en aquellas gentes los protectores de su vida, amenazada por la falta de trabajo y por su impotencia para efectuarlo.

**

—Don Próspero, vengo á comunicarle que desde mañana trabajaré las tierras que abandoné para ir á la guerra.

—Es imposible, Juan.... Ahora las trabajan unas familias que me prometieron el voto y la busca de votos para las próximas elecciones, pues, como ya sabes, me presento candidato.

—Yo he defendido á la patria.... á la propiedad.... ¡su propiedad! Abandoné el trabajo por defender su propiedad...

—¿Y qué?—dijo don Próspero cobardemente.—Ese es el deber de todo ciudadano honrado.

Los ojos de Juan se inyectaron en sangre, crispáronse sus nervios, ofuscóse su razón y la idea de venganza germinó en él. La sangre le acudía á la cabeza agolpándose en terribles oleadas. Ante sus ojos estaba el enemigo... el verdadero enemigo de su vida.

**

Juan mató.

Mató con placer, por humanidad, por altruismo.

La noticia se propagó por el pueblo con la rapidez del relámpago. Cuando los civiles conducían á Juan, las gentes, las mismas gentes que le deificaban por matar muchos enemigos, se aglomeraron pretendiendo lyncharle.

—¡Asesino!... has matado nuestro candidato!...

Según se cuenta, Juan, enloquecido, le dijo al juez que don Próspero era el enemigo... El enemigo de la patria... de la propiedad... de la vida... y que hizo una obra de misericordia al arrancar la vida al verdadero enemigo...

RAFAEL ZURIAGA.

Hacia el porvenir

Las bases de la solución del problema social están ya establecidas: se han planteado ellas mismas, siguiendo el curso natural de la evolución, creando para ello las Asociaciones, y éstas irán robusteciéndose cada vez más, al par de los progresos de la máquina. Las Asociaciones obreras crecerán y mejorarán: primero, porque los mismos, elementos del proletariado irán haciéndose cada vez más hábiles é inteligentes, más sanos y más fuertes; segundo, porque el progreso de las ideas sociales irá ganando cada día más adeptos, que se integran en estas primitivas Asociaciones, aumentando así el número y coeficiente intelectual de las mismas. Todas estas Asociaciones irán sometiendo las máquinas al servicio de la colectividad, que se encontrará cada día mejor servida; al par que más descansada.

El capital dejará de ser el ídolo, y el trabajo se alzaré como ara en que todos los humanos depositen sus ofrendas. Concluirán las guerras: el amor será la ley del universo... La fraternidad, entrevista como sugestiva utopía reinará al cabo en el planeta

Tierra, y ante ella desaparecerán las artificiales diferencias de amo y esclavo, de rico y pobre, de hombre feliz y de hombre miserable. Y todo eso, logrado por el esfuerzo del cerebro, por el progreso y adaptación del cerebro á las leyes de la Naturaleza, al grande y sublime mecanismo universal.

De modo que por el desarrollo natural de las cosas, lejos de ir la sociedad á un conflicto de barbarie y de muerte, encontrará su fácil salida en recursos inagotables, de prosperidad y vida.

DR. ENRIQUE LLURIA

¡Atención compañeros!

Es preciso que se fijen bien los compañeros, principalmente los de Barcelona.

Se empeñan los reaccionarios en achacarnos la responsabilidad de esos petardos que hieren ó matan inocentes ó, cuando menos, alarman la opinión y hacen odiosos el nombre y las ideas anarquistas.

Se concibe que en nombre de la libertad y la fraternidad se hiera á un tirano, procurando eliminar lo que es causa y ocasión de muchas lágrimas y de muchos sufrimientos.

Pero no se concibe que en nombre de un ideal de emancipación y solidaridad se coloquen petardos en un urinario.

Esto es absurdo. Por esto hemos dicho y repetido que no pueden ser anarquistas los autores de tales atentados.

No sabemos si esas bombas van dirigidas contra el catalanismo ó contra los anticlericales; no sabemos si se apunta á la Ley de Asociaciones ó si se prepara la opinión en la causa contra Ferrer, Nakens y demás acusados por el hecho de Morral. No sabemos quienes las tiran ni para qué las tiran. Lo que sabemos es que no proceden de anarquistas ni pueden tener por fin el progreso ni la libertad.

Esto es lo que sabemos y lo que queremos decir muy alto, porque rechazamos toda relación y toda afinidad con actos de barbarie que se utilizan contra el pueblo y contra las ideas progresivas.

La policía y las autoridades, siempre tan rigurosas y activas cuando se trata de obreros huelguistas ó de propaganda de ideas nobles y justicieras, se muestran impotentes ahora para descubrir y para remediar. Tanto es así, que muchos elementos de Barcelona protestan y reclaman que se les permita establecer por su cuenta una policía especial.

Nuestros compañeros no deben ni pueden hacer nada parecido; pero creemos que deben contrarrestar la propaganda de los reaccionarios, demostrando que los anarquistas nada tienen que ver con esas criminales porquerías.

El valor y los medios de acción violenta de que pudiésemos disponer, los emplearíamos en todo caso en acciones provechosas y libertadoras, pero de ningún modo colocando petardos en los urinarios.

JUSTO SENCILLO

ECOS Y COMENTARIOS

El Evangelio en acción.

Copiamos de *El Grano de Arena*, periódico consagrado al Corazón de Jesús:

«Solo frases de indignación y hasta de odio santo, acuden á mi mente.

»Cojo la pluma para redactar unas cuartillas de información y arde en mi cabeza un fuego abrasador. Tiemblan mis manos y la pluma raya el papel con la misma fiera que el león clava sus garras en el pecho del cordero.»

¡Qué bruto! es decir ¡qué fervoroso! Es un modelo de piedad, de mansedumbre, de espíritu cristiano ese escritor católico enamorado del Corazón de Jesús, y de María Inmaculada y del Cordero Pascual.

Y más abajo, dirigiéndose á los liberales, añade:

«¡Canallas! Hijos de Satán que lleváis en vuestros pechos el odio semita. Maldita sea toda casta de liberalismo. Guerra á muerte á ese microbio, hasta lograr desterrarlo de nuestra patria.»

Cualquiera puede pensar leyendo esto que lo escribió un Torquemada ó un Cura de Santa Cruz, ya que no podemos atribuirlo á ningún martir de la fé. Sin embargo la realidad es enemiga de semejantes ilusiones. El que escribió esas barbaridades no es un mártir ni un energúmeno.

Lo más probable es que sea un buen muchacho dispuesto á recibir empleos y mercedes de cualquier cacique liberal. Estas fieras suelen acabar en esto.

Dinamita burguesa.

Todos los atentados anarquistas en conjunto no han producido tantas víctimas como cualquiera de los grandes crímenes que, por avaricia y por desprecio á la vida del trabajador, comete con terrible frecuencia la burguesía.

Hace algunas meses ocurrió una catástrofe minera en el norte de Francia, cuya responsabilidad correspondió á los directores, como se demostró palpablemente, por más que los beneficios realizados por la compañía eran inmensos y bien se hubiera podido evitar el desastre con {un poco de previsión.

Ahora le ha tocado el turno á la Alemania. Una explosión en la mina Reden, situada en el pueblo de Garrebruk (Prusia) ha sepultado unos trescientos mineros. De ellos habrán perecido muchos.

Sin embargo, la sociedad burguesa no se conmovió.

El oro, dios de los capitalistas exige esos horribles sacrificios de vidas humanas. Exige hambres, guerras, naufragios, hundimientos, explosiones. Cuando las víctimas son trabajadores, el incidente no tiene importancia.

Pero si alguno intenta tocar el pelo de la ropa á uno de los poderosos, entonces la sociedad peligrá, la religión se escandaliza, la autoridad exagera los castigos y todo parece poco.

La representación de *La Mare Eterna*, de Ignacio Iglesias, ha sido un éxito en el Teatro Principal de esta ciudad. El público demostró una vez más que si «cuando le dan paja, come paja», en cambio sabe escuchar y comprender las ideas bellas y el arte verdadero.

Felicitemos al señor Lopera que escogió la obra para el día de su beneficio y supo interpretar con talento el principal papel.

El idioma internacional auxiliar *Esperanto* se propaga con rapidez por todas partes.

La Escuela Racional que sostienen las sociedades obreras en Barcelona, calle de Tallers 16—2.º, tiene abierta una clase gratuita de nueve á diez de la noche los lunes, miércoles y viernes.

También se ha constituido un grupo esperantista que desea relacionarse con todos los compañeros esperantistas españoles y cuya dirección es: M. Ponce, Corralazo de Señen, 16, Utiel (Valencia).

Aquí también lo estudian algunos compañeros que formarán pronto un grupo propagandista.

En el concurso abierto por el Ateneo de esta ciudad para premiar el mejor *Compendio de Geografía é Historia de Menorca* ha resultado favorecido el inteligente artista don Francisco Hernández Sanz, quien leyó el sábado ante numerosa concurrencia en el salón del mismo Ateneo algunos trozos de su obra.

Pronto se publicará el libro del señor Hernández, que en su género es una verdadera obra maestra.

Las Sociedades Obreras, junto con el Centro Republicana de Igualada se han propuesto fundar una Escuela Moderna, sostenida por todos los afines, pero conservando su independencia; con este objeto solicitan Reglamentos de Escuelas, folletos sobre Educación y Enseñanza, y cuentas indicaciones se crean convenientes para orientar á los iniciadores de tan plausible proyecto.

Dirigirse á Salvador Vidal, Rambla Nueva, 41, Igualada (Barcelona).

Actos civiles

De Montevideo nos escribe nuestro compañero Antonio Vidal Llopis, participándonos con alegría el nacimiento de una niña, á la que ha puesto el nombre de Almadrina.

Felicitemos á nuestro paisano y á su compañera Sara Curro, deseándoles que formen una familia emancipada y más feliz de lo que pueden ser los obreros en esta tierra que abandonaron buscando mejor fortuna.

PAPEL IMPRESO

Hemos recibido el cuaderno correspondiente al mes de Diciembre de la *Revista de Menorca*, que contiene el siguiente sumario:

Disquisiciones sobre las enfermedades infecciosas (conclusión) por *L. Pons Marqués*.—Crónica menorquina: opúsculos de Fajarnés y dibujos de Cidón, por *Jaime Pomar Fuster*.—La Esperantujo (El País del Esperanto), por *José Juaneda, Pbro.*—Bibliografía, por *Jaime Pomar, Lafuente Vanrell, B.*—Observaciones meteorológicas de Noviembre y Diciembre, por *Hernández Ponsetí*.—Noticias.—Índice del tomo:

CORRESPONDENCIA

Valencia.—F. B. L. Recibido importe suscripción. Enviamos folleto.

Erandio.—N. G. Recibido 1'80 pesetas. Conforme con lo que dices. Te enviamos una suscripción.

Valverde del Camino.—M. T. Recibido 2 pesetas por conducto de *Tierra y Libertad*.

Gijón.—M. S. Id. 3 id. por id. id.

Dowlais.—G. «Apoyo». Id. 6'80 id. por id.

Imprenta de «El Porvenir del Obrero»—Castillo 170 Mahón.